

Distr.
RESTRINGIDA
E/CEPAL/SEM.10/R.8
23 de agosto de 1983
ORIGINAL: ESPAÑOL

C E P A L
Comisión Económica para América Latina
Seminario sobre Cambios Recientes en las
Estructuras y Estratificación Sociales
en América Latina. Análisis Comparativo
de Países y Perspectivas Regionales en
los '80.

Santiago de Chile, 12 al 15 de septiembre de 1983



ESTRUCTURA Y CAMBIO SOCIAL: TENDENCIAS RECIENTES
EN ARGENTINA, BRASIL Y URUGUAY

Este trabajo es una síntesis y reelaboración del documento "Transformaciones recientes en los países de la costa atlántica" preparado por el señor Carlos Filgueira como consultor de la División de Desarrollo Social de CEPAL. Las opiniones expresadas en este documento son de la exclusiva responsabilidad de su autor y pueden no coincidir con las de la Organización.

83-8-1403

I N D I C E

| | <u>PAG.</u> |
|---|-------------|
| I. INTRODUCCION | 1 |
| II. UNA SUERTE DE CONDICION PREVIA | 2 |
| III. ESTRUCTURA Y CAMBIOS EN EL PERIODO 1950-1970 | 9 |
| IV. LOS CAMBIOS RECIENTES (1970-1980) | 19 |
| V. ALGUNAS CONSIDERACIONES FINALES | 44 |
| BIBLIOGRAFIA | 49 |

.....

I. INTRODUCCION.

El presente trabajo constituye un fragmento de otro más amplio que fuera elaborado en una versión preliminar para la División de Desarrollo Social de la CEPAL. En aquella oportunidad se me había pedido un análisis de los cambios sociales experimentados por algunas sociedades del "área atlántica", Argentina, Brasil y Uruguay.

Su objetivo era doble; por una parte elaborar un análisis lo más exhaustivo posible acerca del acelerado proceso de transformación de la estructura social, en particular en lo relativo a la urbanización, industrialización, cambios en la estructura del empleo y modernización social; y por otro, aportar elementos para la discusión de las posibles formas de relación entre los nuevos y viejos sectores sociales y su previsible articulación bajo nuevos modelos.

Para esta versión que se presenta al Seminario, fue necesario tomar algunas decisiones, no siempre fáciles, acerca de cómo reducir el trabajo original y ajustarlo a un documento corto.

Para ello, los dos primeros capítulos que antes habían recibido un tratamiento más exhaustivo fueron reducidos a su mínima expresión posible, procurándose centrar el trabajo en el estudio de los cambios más recientes. Es así, que la "suerte de condición previa" que en el trabajo original intentaba dar un referente más completo para entender las trayectorias posteriores de los tres países, se redujo prácticamente a un prolegómeno a las mismas y el detallado análisis de las tendencias en el período 1950-1970, se resumió en un cuadro general y algunas consideraciones pertinentes.

Por último, también se resolvió eliminar del texto los cuadros estadísticos.

II. UNA SUERTE DE CONDICION PREVIA.

En la literatura especializada, los países del área platense (Argentina y Uruguay) han sido tradicionalmente tratados como casos sui generis dentro del marco de los países latinoamericanos. Más aún, esta especificidad permitió caracterizarlos, conjuntamente con otros países de otras regiones del mundo, como pertenecientes a un grupo de naciones claramente distinguibles del resto de los países subdesarrollados.

Una sólida tradición de escritores aportó sucesivas evidencias acerca de un grupo de sociedades conformadas en el siglo XIX conocidas en algunos casos como "regiones de asentamientos recientes" o como "white settler colonies", incluyéndose en este grupo: Canadá, Nueva Zelandia, Australia, Argentina y Uruguay.

Escritores como Viner (1961), Kuznet (1963) y Meier (1969) también se refirieron a estas cinco sociedades como ejemplos de países que se habían beneficiado de la división internacional del trabajo, del desplazamiento internacional de capitales y de la abundancia de tierra, como para alcanzar niveles de producción elevados y altas tasas de crecimiento en unas pocas décadas.

Para la caracterización de las uniformidades que nucleaban conceptualmente a estas nuevas sociedades de reciente colonización ha sido un punto central el argumento de la presencia de una clase dominante indígena, capaz de apropiarse de un porcentaje significativo de los beneficios derivados de su inserción internacional (especialmente a través de la exportación de productos primarios) y de reinvertirlos productivamente en la expansión de la economía doméstica.

Paralelamente, los beneficios derivados de su inserción en la división del trabajo internacional, no fueron a diferencia de los otros dominios coloniales, concentrados en reducidos círculos de la clase alta, sino que conocieron una distribución también excepcional. La rápida formación de un sector de trabajadores, empleados, obreros, conformados como resultado de la emigración de una fuerza de trabajo de ultramar, y en condiciones de escasa disponibilidad de mano de obra, favorecieron una distribución más equitativa del bienestar social a través de ingresos promedialmente más elevados que en la mayor parte de las sociedades de aquel tiempo. Las "prematuras" formas de organización de una fuerza de trabajo urbana contribuyeron asimismo a presionar

hacia arriba los salarios, lográndose con ello, no sólo más altos niveles de distribución de la riqueza, sino sostener una demanda creciente sobre la producción doméstica.

Como resultado de ello, los perfiles alcanzados por estos países hasta los preámbulos de la crisis del 30, si bien no se distinguan en lo esencial de las relaciones metrópoli-colonia en su inserción económica mundial bajo el esquema de intercambio de materias primas por productos manufacturados, sentaron las bases de un mercado interno potencial que tendrá decisiva incidencia en las formas como este grupo de países enfrenta los sucesivos eventos internacionales desencadenados en las primeras décadas de este siglo (guerras y crisis).

En Argentina y Uruguay, sobre fines del siglo pasado e inicios del presente, su incorporación plena al mercado inglés bajo la expansión de la carne congelada, unido a las vastas inversiones británicas en infraestructura de transporte ferroviario, banca y servicios básicos, promoverá la inmigración masiva de italianos y españoles, y la más selectiva de ingleses y franceses y otras nacionalidades europeas. Esta inmigración sólo en una muy pequeña parte se radicará en los contextos rurales a través del proceso de colonización y demanda de trabajo asalariado; en tanto que la gran mayoría, irá a integrar los vastos contingentes de mano de obra requeridos por la economía urbana en expansión. Artesanos, operarios sin calificación en actividades de barracas, transporte, actividad portuaria y en el sector comercial, así como obreros de la construcción, pequeños comerciantes, diversas actividades por cuenta propia y producción de pequeños talleres industriales, serán la base de una configuración de la estratificación urbana que rápidamente adquiere una presencia dominante en relación a la población rural.

En el Uruguay, como caso más extremo, a principios de siglo (1908) un 25% de la población total se radicaba en la capital; en tanto que la pobla-

ción urbana del interior del país residiendo en localidades de 2.000 y más habitantes ascendida a un 34% adicional. Reflejo también de la estructura económica en expansión: del total de la población económicamente activa, un 54% pertenecía a principios de siglo a los sectores secundario y terciario.

En Argentina, igualmente, la población urbana registrada para 1915 ascendía a un 53% aproximadamente, del total de la población del país.

La conformación de esta sociedad prematuramente "moderna" para la región latinoamericana tuvo además como es sabido, importantes consecuencias sobre la participación social y política de los nuevos sectores emergentes. La historiografía sobre el período en ambos márgenes del Plata registró las diversas expresiones del sindicalismo, del anarquismo y socialismo y el reflejo en las nuevas sociedades de diversos movimientos internacionales proletarios que llegaron a articularse para disputar a veces el control del Estado. También los sectores medios, acrecentados por la terciarización de la economía y diferenciación del Estado, mostraron a través de la movilización batllista en el Uruguay y del Radicalismo en la Argentina la cambiante coyuntura política inducida por la modernización económica y social.

En Argentina, a partir de la legislación de 1912 el voto universal masculino se imponía, en tanto que en el Uruguay la primera elección sobre iguales bases representativas se registraban en 1916.

Unido a ello, otras manifestaciones en la esfera social, como en la educación, salud y comportamiento reproductivo de la población, mostraban también signos inequívocos de pautas modernas y contrastantes con las dominantes en el resto de la región.

En el proceso de expansión internacional de la economía mundial bajo la égida de Inglaterra, Brasil no gozó por cierto de las ventajas comparativas de los países de "reciente colonización". El papel que le cupo en la división internacional de la economía mundial, fue el de país periférico o

marginal, a los grandes flujos de exportación hacia Inglaterra que crecían exponencialmente durante el siglo XIX. (Kuznet, 1963).

La escasa participación de las exportaciones de su producto principal (café) hacia Inglaterra y su limitada participación en la esfera financiera como receptor de inversiones, se encontró asociado igualmente a una discriminación negativa por parte de la metrópolis.

El largo periplo del ciclo exportador del café, fue por lo tanto a diferencia de los países productores de trigo, cuero, lana y carnes, mucho más débil en sus consecuencias sobre la transformación social y los cambios operados en la modernización inducida por la "nueva" inserción en el mercado mundial.

En primer lugar, debería anotarse que la organización productiva del principal producto de exportación, requirió en forma dominante un asentamiento masivo de población rural fruto de las características intensivas de mano de obra de la organización de tipo "hacienda cafetalera". Este es un aspecto contrastante con los países del área del Plata, debido a sus características de producción dominante extensiva y escasamente demandante de fuerza de trabajo.

Por otra parte, los sistemas de plantación o de hacienda por sus propias características organizacionales, implicaron la consolidación de formas tradicionales de relaciones sociales que han recibido un considerable tratamiento en la literatura especializada, a las que no corresponde volver aquí en detalle. No sólo por las características obvias de las formas de esclavitud asociadas a estos tipos de organización productiva, sino por su recreación señorial bajo la forma del trabajo libre. Las consecuencias endógenas de la inserción de la economía en el mercado mundial parecen por lo tanto, haber dado lugar a un fenómeno desconocido en los países del área platen-

se.

En Argentina, y en particular en la región Norte, también se conocieron economías no ganaderas pasibles de asimilarse a estos tipos organizativos, sin embargo con el auge de la exportación ganadera, la primacía indiscutida pasó a concentrarse en un tipo de organización rural capitalista incorporada a la economía monetaria casi desde sus orígenes.

En tercer lugar, los mismos fenómenos de auge y decadencia regional contribuyeron a una alta heterogeneidad nacional que se tradujo en la consolidación de una diversidad de polos de poder político y económico fruto de la acumulación de capital permitida en cada fase. La diversidad de oligarquías locales o regionales viejas y nuevas, "modernas" y "tradicionales", no fue destruida o minimizada, como en los países del área Platense, por el dinamismo del polo exportador dominante del siglo XIX. En este sentido, el efecto endógeno del ciclo agro exportador del café, que se cierra sobre los años 20, fue extremadamente parcial en sus efectos regionales restringiéndose a una parte del país (Centro) y más específicamente a San Pablo.

En este estado en particular -inmigración mediante- el fenómeno de expansión de ciertos sectores medios y clases trabajadoras, inducido por el dinamismo de la economía en expansión, registró al igual que en los países del Plata, signos muy similares de movilización social y conflictos gremiales y políticos. Algunas huelgas generales, como la de San Pablo en 1917 o la revuelta obrera de Río de 1918, así lo registran. Las mismas fueron seguidas, al igual que en Argentina de la depresión y persecución "anarquista"; pero (a diferencia de Argentina) absorbidas por el Estado al declinar la inmigración de extranjeros y ser sustituida por las migraciones dóciles de nativos (Morse, 1978).

Su entidad sin embargo, distó mucho de tener las mismas connotaciones que el fenómeno paralelo de movilización inducido ocurrido en el Río de la Plata.

"En vez de tomar como experiencia lo que los ingleses percibieron como una evolución orgánica del "feudalismo" a la "industrialización", el Brasil fue marcado desde el inicio, por las estructuras económicas capitalistas y señoriales. Contra este telón de fondo, la situación del enclave paulista de los trabajadores inmigrantes fue casi un epifenómeno" (Morse, 1978).

"Se trataba en su gran mayoría de un proletariado formado por trabajadores extranjeros, cuyo ámbito de actuación no ultrapasó los límites de la fábrica y de la lucha por reivindicaciones elementales. En ningún momento alcanzó a incidir en la "gran política" o a obtener una legislación social más elaborada" (Martins Rodríguez, 1974).

El carácter marcadamente excluyente de la participación social y política del Brasil de las primeras décadas de este siglo, queda registrado así mismo en los indicadores más globales de la estructura económico-social y en las tasas de participación electoral.

Hasta 1920 el grado de modernización de la estructura social medido in directamente por los niveles de urbanización, mostraban que la población continuaba siendo abrumadoramente rural (10% de población urbana), la estructura ocupacional a su vez, registraba un 69% de actividades agrícolas, en tanto que el empleo en el sector industrial no superaba el 13%. En cuanto a la participación electoral, antes de 1930 el porcentaje de votantes había sido menor a un 3.5% de la población total y en 1945 esta cifra alcanza recién a un 15%.

La exclusión, en el proceso de incorporación política, de los sectores populares indicada por estas bajas tasas de participación parecen haberse apoyado en la dualidad del sistema de dominación; basado, por una parte, en la eficiencia del sistema de articulación de los poderes locales con el poder central; y por otra, en el recurso a la coerción sobre los sectores que gradualmente se movilizaban social y políticamente.

Recién con el populismo que domina el escenario político de las décadas posteriores a la segunda guerra mundial y antecedido de una orientación

paternalista y protectora de ciertas fracciones populares por parte del varguismo, será que se expanden las agencias del Estado para la seguridad social de manera de incidir en la redistribución de los beneficios económicos. Antes, en el período agro-exportador, "en verdad existían registros oficiales de los problemas del proletariado en las encuestas municipales de los "corticos" de 1883 o los datos reunidos para el Boletín del Departamento de Trabajo del Estado en los años 1910 y 1920. Pero tales "problemas" representaban más una complicación a ser controlada que una presencia social a ser resuelta" (Morse, 1978).

Brasil accede a la década del 50, casi con los más altos niveles de pobreza y desigualdad social de la región. En el otro extremo, Uruguay y Argentina, dentro de sus peculiaridades, lo hacen como sociedades relativamente igualitarias donde las cuatro etapas de la formación del estado-nacional parecían encauzarlos hacia el modelo europeo de las sociedades desarrolladas.

En los treinta años posteriores que corren hasta los umbrales de los 80, cualquier predicción lineal efectuada a partir de estas pautas se mostraría absolutamente equivocada. Uruguay, sumido en un deterioro lento y prolongado donde ve perder primero su capacidad de movilizar sus recursos económicos, luego los sociales y finalmente los políticos, arribará al quiebre institucional del 73, del que saldrá peor parado^{con} la experiencia neoliberal posterior. Argentina, con la más extrema imposibilidad de articulación de la sociedad, en contraste con las enormes potencialidades económicas y de recursos movilizables. Brasil, en cambio, transformándose aceleradamente en un NIG, pero manteniendo la extrema desigualdad del momento inicial.

III. ESTRUCTURA Y CAMBIOS EN EL PERIODO 1950-1970.

Las evidencias mostradas por el análisis del cambio social en el período 50-70 permiten registrar la presencia de transformaciones socioeconómicas y socio-culturales de gran envergadura en cualquiera de los tres países. Estas transformaciones impactaron diferencialmente la composición de las clases sociales, las experiencias de vida y de trabajo, supusieron para vastos sectores de población situaciones enteramente nuevas en relación con sus experiencias pasadas. Entre las más importantes se cuentan por una parte, la desarticulación de núcleos primarios de la sociedad rural y su conflictiva integración a los contextos urbanos, a la empresa industrial moderna y a la "economía urbana"; y por otra, la emergencia de nuevas configuraciones de clase derivadas de los cambios en la estructura socio-económica y de la movilidad social.

El cuadro que se presenta a continuación debe ser entendido como un marco posible de referencia, que permite evaluar a través de diversos indicadores algunos de estos cambios. Se trata, como se puede apreciar, de un conjunto de variables que tradicionalmente han sido comprendidas bajo la idea más general de modernización y desarrollo, y obvio es decirlo, constituyen una selección, si se quiere bastante arbitraria, del universo posible de alternativas.

Del cuadro se desprenden un conjunto de observaciones que son en términos generales relativamente conocidas como caracterización tipológica de las sociedades de América Latina. Se agrega a ello sin embargo una información adicional acerca de la dinámica y los procesos de conformación de estas tres sociedades en el período considerado.

CUADRO N°1: INDICADORES ESTRUCTURALES Y TENDENCIAS EN EL PERIODO
1950-1970 (ARGENTINA, BRASIL, URUGUAY).

| I. <u>POBLACION</u> | <u>ARGENTINA</u> | | | <u>BRASIL</u> | | | <u>URUGUAY</u> | | |
|--|------------------|-------------|-------------|---------------|-------------|-------------|----------------|-------------|-------------|
| | <u>1950</u> | <u>1960</u> | <u>1970</u> | <u>1950</u> | <u>1960</u> | <u>1970</u> | <u>1950</u> | <u>1960</u> | <u>1970</u> |
| - <u>Crecimiento Poblacional</u> ^{a/} | 1.9 | 1.4 | | 3.1 | 2.9 | | 1.4 | 1.1 | |
| - <u>Componentes del crecimiento</u> | | | | | | | | | |
| - Fecundidad ^{b/} | 3.1 | 3.0 | | 5.6 | 5.4 | | 2.9 | 2.9 | |
| - Natalidad ^{c/} | 24.8 | 22.5 | | 40.8 | 38.4 | | 22.5 | 21.6 | |
| - Mortalidad ^{d/} | 8.9 | 8.6 | | 11.7 | 9.8 | | 9.5 | 9.2 | |
| - Dependencia Demográfica ^{e/} | 55.1 | 57.2 | | 83.5 | 85.8 | | 55.0 | 57.5 | |
| - <u>Crecimiento de la PEA</u> ^{f/} | 1.6 | 1.4 | | 2.8 | 3.0 | | 1.6 | 0.5 | |
| - <u>Estructura de Edades</u> ^{g/} | 30.5 | 29.6 | | 42.1 | 42.0 | | 28.2 | 27.6 | |
| - <u>Urbanización</u> ^{h/} | 64.8 | 72.1 | 76.8 | 30.7 | 40.5 | 54.4 | - | 78.1 | 83.0 |
| - <u>Crecimiento de la Población Urbana.</u> | 2.8 | 2.4 | | 5.5 | 5.4 | | 1.7 | 0.8 | |
| - <u>Población en Ciudades de más de 100.000 hs.</u> | 41.7 | 50.6 | 55.6 | 13.3 | 18.7 | 27.8 | 40.4 | 44.7 | 44.5 |

CUADRO N°I: INDICADORES ESTRUCTURALES Y TENDENCIAS EN EL PERIODO
1950-1970 (ARGENTINA, BRASIL, URUGUAY). (CONT.)

| II. <u>OCUPACION</u> | ARGENTINA | | | BRASIL | | | URUGUAY | | |
|---|-----------|------|------|--------|------|------|---------|------|------|
| | 1950 | 1960 | 1970 | 1950 | 1960 | 1970 | 1950 | 1960 | 1970 |
| - Proporción de Sector Primario | 26.7 | 19.7 | 16.2 | 69.1 | 54.5 | 45.3 | - | 19.4 | 17.5 |
| - Proporción de Sector Secundario | 24.5 | 27.8 | 24.2 | 14.3 | 13.4 | 18.4 | - | 22.5 | 27.8 |
| - Proporción de Sector Terciario | 48.8 | 52.5 | 59.6 | 25.7 | 32.1 | 36.3 | - | 58.1 | 59.7 |
| - Proporción de Estratos Medios y Altos (no-manual) | 35.9 | 36.6 | 39.7 | 15.2 | 15.3 | 20.0 | - | 38.7 | 38.2 |
| - Segmentación: proporción de informalidad | | | | | | | | | |
| - Rural | 7.6 | - | 6.7 | 60.1 | - | 27.1 | 4.8 | - | 6.9 |
| - Urbana | 15.2 | - | 15.6 | 10.7 | - | 22.4 | 14.5 | - | 16.8 |
| <hr/> | | | | | | | | | |
| III. <u>INGRESOS</u> | | | | | | | | | |
| - <u>Concentración</u> ^{i/} | | | | | | | | | |
| - Percepción del 40% más pobre | - | 17.3 | - | - | 10.5 | 7.1 | - | 21.1 | 17.8 |
| - Percepción del 5% más rico | - | 29.8 | - | - | 28.6 | 38.2 | - | 15.2 | 17.5 |

CUADRO N°1: INDICADORES ESTRUCTURALES Y TENDENCIAS EN EL PERIODO
1950-1970 (ARGENTINA, BRASIL, URUGUAY) (CONT.).

| IV. EDUCACION | ARGENTINA | | | BRASIL | | | URUGUAY | | |
|---------------------------------------|------------|------|------|------------|------|------|----------|------|------|
| | 1950 | 1960 | 1970 | 1950 | 1960 | 1970 | 1950 | 1960 | 1970 |
| - Escolarización Primaria (Cobertura) | 84.5 | 86.9 | 93.0 | 31.1 | 50.3 | 71.0 | 91.8 | 97.7 | 97.0 |
| - Cobertura Enseñanza Media | 15.2 | 23.3 | 32.3 | 6.5 | 4.3 | 11.3 | 13.3 | 30.1 | 51.5 |
| - Cobertura Enseñanza Superior | 5.2 | 11.3 | 14.2 | 1.0 | 1.6 | 5.3 | 6.0 | 7.8 | 10.0 |
| - Desigualdades educacionales (Gini) | - | 0.37 | 0.34 | - | - | 0.63 | - | 0.38 | - |
| V. MOVILIDAD SOCIAL | | | | | | | | | |
| - Estructural (%) | 5.7 .. 3.4 | | | 7.6 .. 7.2 | | | - .. 1.7 | | |

FUENTES: Anuario Estadístico de América Latina, 1979; Boletín Demográfico, CELADE N°23 y 19; PREALC, Proyecto Educación y Desarrollo en América Latina y el Caribe (UNESCO-CEPAL-PNUD); Filgueira y Geneletti; op. cit., 1981.

a/ Crecimiento Poblacional (Tasa anual media/1000 hab.)

b/ Fecundidad (Tasa global, N° de hijos)

c/ Natalidad (Tasa Anual Media, 1000 hab.)

d/ Mortalidad (Tasa Anual Media 1000 hab.)

e/ Dependencia demográfica (población de menos de 15 y mayor de 64 años sobre población entre 15 y 64 años)

f/ Crecimiento de la PEA (Tasa Anual Media, 100 activos)

g/ Estructura de edades (porcentaje de menos de 15 años)

h/ Urbanización (Definición Censal pob. Urbana)

i/ Ingresos, Concentración (40% más pobre, 5% más rico)

j/ Cobertura educativa (matrícula/población en edad escolar)

Como el interés del análisis no está centrado en los cambios estructurales en sí mismos, lo que interesa es rescatar de la información aquellos indicadores que pueden sugerir hipótesis acerca de las nuevas formas de la articulación social y política, que se superpusieron o integraron con mayor o menor éxito, transformando las formas preexistentes. En mayor o menor medida, los tres países sufrieron diversas "crisis de participación", en el sentido gramsciano, producida por la incorporación de nuevos actores a la escena social, y por las respuestas que los aparatos político-partidarios y el Estado dieron a las nuevas demandas de participación.

Sin embargo, las similitudes quedan aquí, puesto que Argentina, Brasil y Uruguay, alcanzaban el tiempo cronológico de la década del 70 a partir de "tiempos sociales" claramente diferentes. En los países del Plata, si cabe el término, se trató esencialmente de una crisis de participación de los nuevos sectores industriales y urbanos, de clase baja, producida por los desplazamientos poblacionales de nativos hacia los polos industriales; y en menor medida, por una expansión de la clase media que ya se había empezado a constituir desde las primeras décadas del siglo.

En ambos países, la etapa de desarrollo hacia afuera había permitido (más o menos conflictivamente) la incorporación al juego político de la "periferia" y la participación creciente de las masas. En Brasil, en cambio, el desafío parece haber sido mayor dado que las sucesivas "crisis de participación" de los otros países se registran en forma superpuesta en virtud de las condiciones socio-económicas iniciales; que por una parte no habían inducido un desarrollo equivalente de los sectores medio y populares, y por otra, lo habían hecho bajo un modelo políticamente excluyente. Es cierto que factores exógenos habían sido comunes: en los tres países, al igual que en el resto de la región, fue imperiosa la necesidad de enfrentar los problemas derivados de la crisis del 30 y de la segunda guerra mundial, mediante un proceso intencional y sostenido de crecimiento industrial. Esta etapa, "de desarrollo hacia adentro" indujo por igual la movilización de recursos, capital,

trabajo y tecnología; a la vez que provocó cambios sustanciales en la composición de las diferentes clases, en las alianzas y coaliciones políticas y en la participación del Estado.

En Argentina la industrialización se venía registrando desde el siglo pasado y con diferentes velocidades, había alcanzado un desarrollo excepcional. Precisamente sobre la década del 50, Argentina había asistido a la segunda transformación de importancia de su estructura industrial; entre 1935 y 1946 la tasa de absorción del sector secundario había alcanzado a 62% y en el último quinquenio de este período a un 72%. Este crecimiento se produjo además precisamente en la industria moderna. En el sector terciario, el crecimiento no había sido menos importante. La expansión del mercado interno, unido a la metropolización y consumo masivo, la diferenciación del Estado con la expansión del sector público y su intervención directa en la esfera económica, el creciente grado de burocratización, la educación y otros servicios sociales, significaron un cambio en la estructura social que se tradujo en un aumento y diferenciación del sector terciario.

Estas series de circunstancias, a las que se podrían agregar otras que aquí omitimos, establecieron las condiciones para la emergencia del fenómeno del peronismo; que se configura en este momento a partir de la confluencia de la movilización provocada desde el Estado, de la cooptación de parte del sindicalismo preexistente y de la acción espontánea de las masas. El corporativismo posterior sobre el que se asienta el "modus operandum" del peronismo pareció resultar de una crisis participativa que se desencadena como resultado de la exclusión de los sectores populares y de las clases medias que el sistema político precedente no había podido resolver. Las décadas del 50 y 60 registrarán posteriormente la secuencia ininterrumpida, de alternancias de gobiernos democráticos y regímenes autoritarios que no logran compatibilizar la participación de los sectores populares con los centros de poder tradicionales.

En la medida en que el proceso de industrialización y la burocratización de la actividad económica sigue adelante, y se incrementan los flujos migratorios desde las zonas más rezagadas y tradicionales del país, la tensión provocada por las demandas de participación y distribución continuarán adicionando dificultades en el plano político. Se conocen así ciclos recurrentes

de apertura y cierre del sistema político al igual que ciclos en la esfera distributiva (Canitrot, 1975).

En Uruguay el proceso de la nueva industrialización a partir de la década del 40, similar en sus rasgos a la Argentina, conoce sus más altos índices de expansión en el 50.

El Estado, asumiendo el liderazgo del proceso de industrialización, logrará una incorporación no conflictiva de las demandas de los nuevos sectores populares, así como también de las "nuevas clases medias". Bajo el período de Luis Batlle, la movilización industrialista no registra ninguna ruptura similar a la ocurrida en la Argentina, a la vez que las fracciones dominantes en la esfera del Estado logran volcar la movilización emergente en provecho propio.

En este período es notorio al igual que en la Argentina peronista el enfrentamiento entre el Estado "modernizante" e industrialista con los sectores económicamente dominantes. Pero mientras que en Argentina el enfrentamiento se expresa en la inestabilidad política, en el Uruguay, a partir del agotamiento del modelo sustitutivo de importaciones, se crean las condiciones para una transferencia sin rupturas del poder de los sectores batllistas a las fracciones que representaban los intereses ganaderos. En 1958 por primera vez en el país después de 90 años pierde el poder político el Partido Colorado cediendo el lugar al Partido Nacional, Fue, en cierta forma, una restauración pacífica.

Es interesante la confrontación entre la trayectoria de Argentina y Uruguay, porque muestra la complejidad de las relaciones entre la esfera económica (desarrollo), la social (modernización) y la política. El éxito del modelo uruguayo de "welfare state" y su estabilidad institucional excepcional, basado en la capacidad de diferenciación del Estado y vigencia de los mecanismos de cooptación, tuvo como contraparte el inmovilismo económico. Ello no ocurrió en la Argentina, que en las dos décadas conoció un crecimiento mucho más alto y sostenido a pesar de que lo hace sobre la base de un sistema políticamente inestable.

A partir de mediados de la década del 50, el proceso de industrialización sustitutiva en Uruguay comienza a perder impulso restando a la economía el principal polo dinámico de su crecimiento. Detrás de ello se encontraba la incapacidad de transformación del sector agropecuario para cumplir el papel que la "staple theory" le adjudicaba. No era capaz, como lo había sido en los paí-

ses de Oceanía, de responder al triple desafío de sostener la demanda de capitalización del sector industrial, de expandir su aporte de materias primas para el sector, ni de sostener la expansión del consumo y de la redistribución.

A partir de este momento, el deterioro económico y social será un proceso prolongado, compensado por la acción del Estado a través de una exacerbación de las formas de clientelismo político y cooptación (Filgueira, 1972, 1973). El aparato del Estado sigue creciendo y absorbiendo a través del empleo público las demandas ocupacionales, aunque se incrementa con ello su ineficiencia. Las políticas tienden a definirse por las urgencias del corto plazo y la resolución de los conflictos inminentes, y pierden crecientemente la capacidad de anticipar o prevenir sus consecuencias ulteriores. La acumulación de conflictos y tensiones, conduce sobre fines de la década del 60 a las primeras manifestaciones sociales de la crisis del sistema, evidenciada a través de la radicalización del conflicto socio-político, la emigración internacional que comienza a expresarse como un éxodo continuo y creciente y por la rigidez de las políticas sociales (congelación de salarios, desmovilización compulsoria, etc.).

El prolongado período que va desde los primeros síntomas de la reversión económica de mediados de la década del 50 hasta casi 20 años después cuando el sistema institucional hace crisis, demuestra la enorme capacidad de recursos sociales y políticos que el sistema uruguayo había desarrollado a partir de la constitución de un exitoso modelo basado en el crecimiento y diferenciación del Estado.

Brasil por su parte, parece constituir el caso inverso en la medida en que las crisis superpuestas de participación de las clases medias y de los sectores populares se confrontan con una muy débil capacidad de articulación y absorción por parte del Estado. Precisamente, la extraordinaria transformación de Brasil que recién se inicia en estas dos décadas, y la incorporación masiva y tardía de nuevos sectores y clases sociales, parecen definir una situación que rápidamente rompe los marcos en los cuales tradicionalmente se había desarrollado el sistema de participación política bajo el período anterior al 54. Las formas de populismo que dominan a partir de este momento -ejemplificado por Janio Quadros- y que hace crisis diez años después luego del intento de movilización "desde arriba" de Goulart, evidenciaban la débil capacidad de articulación que el sistema tuvo en relación a la movilización inducida por las trans-

formaciones socioeconómicas.

Ello parece sugerir que cuanto más tardío el proceso de incorporación de la "periferia", mayores son las demandas y aspiraciones puestas en acción por el proceso de movilidad geográfica y movilización "psicológica", y más reducidos los márgenes de acción para articular las fuerzas sociales movilizadas.

Mientras que en Brasil, la movilización producida por el rápido proceso de metropolización y movilidad social unida al carácter marcadamente excluyente del sistema político, parece haber desbordado rápidamente las posibilidades de mantener el equilibrio del sistema de dominación, en los países del área Platense, en cambio, su temprano desarrollo, como en el Uruguay permitió un margen de maniobra mucho más amplio; y en Argentina, la emergencia de un movimiento nacionalista popular de ruptura con el orden preexistente.

Es cierto, que ninguno de los tres países -como los restantes de América Latina- conocieron un tipo de participación política del tipo clásico de los sistemas europeos. En éstos, en la medida en que el proceso dominante fue el desarrollo económico y el proceso subordinado el crecimiento y diferenciación del Estado, se generaron condiciones favorables para el desarrollo de sistemas de representación y articulación partidaria alrededor de nítidos clivajes de clase. Ello ocurrió también por cierto en sus ex-dominios formales como Australia, Nueva Zelandia y Canadá.

En los tres países bajo estudio, la configuración fue otra, un proceso dominante de crecimiento y diferenciación del Estado y uno subordinado de crecimiento económico. El tipo de participación que predomina en esta configuración es como vimos la cooptación política y la de los partidos del gobierno.

Uruguay, el más exitoso en esta fórmula logró, como se trató de demostrar en las páginas anteriores, una continuidad excepcional a través de todas las etapas de su desarrollo hasta principios de la década del 70.

Argentina, frustrada la fórmula de articulación de las demandas de los sectores medios bajo el Radicalismo entró a la fase subsiguiente bajo otro proceso: la diferenciación del Estado como proceso dominante y como subordinado

la movilización de los sectores populares y la expansión de las aspiraciones. Bajo esta configuración el tipo de participación política estuvo dada por los movimientos colectivos de una movilización inducida: el nacionalismo popular promovido desde el Estado.

Brasil, por último, con el fracaso del sistema cooptativo de Vargas y con la tardía movilización de los sectores medios y populares, dará lugar en este período a movimientos colectivos de carácter carismático y autónomo del aparato del Estado, que tienen su origen en la dominancia del proceso de movilización (metropolización, migraciones y demás), y por la subordinación del crecimiento y diferenciación del Estado.

Ninguno de estos procesos fue, sin duda, tan nítido en sus perfiles ni tan puro como este esquema puede pretenderlo. Sin embargo, lo dicho hasta aquí, apunta a destacar las primacías alternativas que parecen haber asegurado en algunos casos la continuidad del sistema de articulación y en otros, su punto de inflexión.

IV. LOS CAMBIOS RECIENTES (1970-1980).

1. Argentina.

Las tendencias poblacionales en la Argentina, en comparación con las del período anterior, indican que son de tal magnitud que parecerían referirse a otro país. Por una parte, la tendencia regular al decrecimiento de la población rural, que se venía expresando a partir de los años 40 y que aún a pesar de una muy baja ruralización de la sociedad argentina, se expresaba hasta la década del 60 en la caída absoluta de la población rural, en la década del 70 registra por primera vez un valor cero. Paralelamente, cae la velocidad con que crecían los contextos urbanos, y en especial, cae significativamente el crecimiento de Buenos Aires por debajo de todos los niveles conocidos en las décadas previas. Este decrecimiento se debe a una inversión de las pautas que habían dominado el período 1950-60-70 en el cual el crecimiento de la capital se venía dando principalmente por el flujo de migrantes extranjeros de países limítrofes. La tasa de crecimiento del Gran Buenos Aires, que había sido más alta en estas dos décadas superando ampliamente el comportamiento seguido por otras regiones, pasa a estar entre las más bajas (similar a la región pampeana, en esta década y muy por debajo del resto de regiones de la Argentina).

Con respecto a la composición del crecimiento en este período para toda la Argentina, se evidencia en la década del 70, una caída importante de la contribución de los migrantes nativos correspondiente al desaceleramiento abrupto del proceso de redistribución espacial. Los migrantes extranjeros, ya sea por la interrupción de los flujos externos o por el abandono del país de los residentes, producen una cifra que es la mitad de la registrada en la década del 50 y un crecimiento compensatorio de los nativos no migrantes que en la década del 50 alcanzaban a 61%, mientras que en el 70 llegan a un 90%.

Sin lugar a dudas, esta involución registrada por todas las tendencias demográficas en este período ponían en evidencia la pérdida de dinamismo de los polos tradicionales de atracción (GBA) y la inmovilidad de la población rural. Ella está directamente relacionada y es consecuencia de las profundas transformaciones que se operan en términos de la estructura productiva en el intento de reconversión económica.

En un primer momento, la reacomodación de la fuerza de trabajo a las condiciones adversas generadas por la política económica, (interrupción del flujo migratorio, re-emigración y comportamiento de los trabajadores) tuvieron como consecuencia una situación próxima al pleno empleo. Sin embargo, y particularmente a partir del cambio de la estrategia sobre 1970, la tasa de desocupación tendió a incrementarse regularmente hasta 1977 en donde comienza a decrecer. En este momento sin embargo, la tasa de actividades tiende a caer entre 1974 y 1977 en que se recupera y vuelve a decrecer hasta 1980. Algo semejante ocurre con la tasa de desocupación que decrece regularmente en el período 74-80.

Con respecto a la composición sectorial del empleo, la tasa de crecimiento demuestra el fuerte proceso de terciarización, con un crecimiento anual de 26.% para comercio y 15.7% para servicios y una caída del 21.4% para el total del empleo industrial y 25.4% para el empleo industrial asalariado (datos para el Gran Buenos Aires, 1974/80).

Por último el tercer proceso derivado de la reconversión económica en la Argentina se expresa en el crecimiento diferencial de los asalariados y trabajadores por cuenta propia. Las dos categorías siguen ritmos claramente contrastantes, provocando un crecimiento en la informalidad de la estructura de empleo. Mientras el sector asalariado sobre una base 100 en 1974 se mantiene prácticamente estancado, el sector por cuenta propia crece sobre un valor de 130.2 y la categoría patrones a un 113.9. En las grandes ciudades, al igual que en Buenos Aires, el proceso sigue en líneas generales la misma pauta.

Los fuertes desajustes producidos por la caída del empleo industrial unidos al deterioro de los niveles de ingreso y del salario real, tuvieron por otra parte como consecuencia una extraordinaria movilidad entre las categorías de inactivos, desocupados, asalariados y no asalariados, provocando entradas y salidas entre estas cuatro categorías y desplazamientos en la condición de actividad. Entre 1976 y 1977, provocaron que un 12% de la PEA total de Buenos Aires se moviera entre estas cuatro categorías. Jugó sin duda en ello un papel importante, el comportamiento diferencial de la PEA masculina y femenina. Fueron notorios en este período los procesos de incorporación de la fuerza de trabajo secundaria o trabajador adicional (principalmente mujeres), como mecanismo alternativo de las estrategias de sobrevivencia familiar (pérdida de posibilidades ocupacionales del trabajador primario y respuestas de desaliento y de retiro de la fuerza de trabajo).

La distribución del ingreso sigue en Argentina en la década del 70 una pauta contrastante entre los períodos 70-75 y del 76 en adelante. En el sector industrial la tendencia ascendente evidenciada en el primer período alcanza a elevar los salarios reales sobre una base 100 para el período 65/70 a 118, su punto más alto en 1974. Sin embargo, a partir de la política de liberalización de precios y congelación de salarios en 1975 se produce una bruta caída de aproximadamente el 40% en sólo 2 años, que se recuperará sobre 1980 para caer luego a niveles incluso más bajos en el primer semestre de 1982.

Respecto al comportamiento seguido por la concentración del ingreso, los índices Gini contruídos para los períodos 1974-1976 y la distribución según origen de los ingresos, muestran la magnitud de la involución de la distribución de la riqueza en los dos períodos comprendidos en la década del 70. El período democrático mostrando regularmente para todas las categorías y para todos los perceptores evoluciones favorables de los índices Gini que

registran el desplazamiento hacia una distribución más equitativa, y el período autoritario (inicio de las políticas "ortodoxas") donde las desigualdades crecientes superan en todos los casos al punto de partida inicial de 1970.

2. Uruguay.

Al igual que Argentina, el comportamiento evidenciado por las tendencias de la población en el Uruguay en el período 1970-1980, evidencia rasgos importantes que se explican casi en su totalidad, por el comportamiento emigratorio de amplios sectores de la población.

El punto más alto de la emigración en este período se visualiza en 1974, año inmediatamente posterior al quiebre de la institucionalidad constitucional que ocurre en el país. La misma ya venía presentando una tendencia creciente y regular desde mediados de la década del 60, debido al fuerte deterioro de la situación social y en especial al crecimiento negativo del producto bruto sobre fines de la década del 60. Las diferentes estimaciones de los efectos de la emigración internacional establecen que no menos de un 8% y hasta un 10% de la población habría emigrado en el período intercensal cubierto entre 1963-1975. En este volumen se comprende aproximadamente a un 18% de la PEA total del país.

Con respecto a la urbanización y a los flujos migratorios internos, es poco lo que se puede saber a partir de estadísticas parciales y fraccionadas, y la inexistencia de un censo de población a principios de la década del 80. Sin embargo, fuentes de diversa naturaleza, indican que, como era de esperar, la redistribución espacial de la población del país en este período no sufrió un impacto importante y al igual que Argentina la tendencia fue hacia un desaceleramiento de los desplazamientos geográficos de la población. Montevideo, en parte por haberse constituido en el principal centro expulsor de población emigrada y en parte por un proceso de descentralización que expulsa hacia la periferia (conurbación de la capital) parte de su población

residente, experimenta al igual que Buenos Aires un decrecimiento relativo en relación al resto urbano del país. El único hecho señalable en materia de redistribución espacial está constituido a su vez por la zona balnearia alrededor de Punta del Este que a partir del "boom" excepcional que experimenta la actividad turística ve crecer en forma importante su población residente. Ya en el período 1965-1975 antes que se experimentara el crecimiento urbanístico de Punta del Este, la actividad de la construcción registra en sus índices la magnitud del fenómeno. En esta década se construyen en la zona balnearia el 34.7% de todas las viviendas existentes en 1975. (Lombardi y Veiga, 1979).

Los cambios inducidos por la política "ortodoxa" en el Uruguay, coincidentes en muchas medidas con las tomadas en Argentina tuvieron, sin embargo, diferentes consecuencias sobre las transformaciones sociales. En los aspectos más generales y sustantivos, tuvieron aspectos comunes expresados en la desarticulación y reconversión de la estructura ocupacional y por ende del mercado de empleo, y en segundo lugar en los comunes efectos concentradores de los ingresos, registrando en el Uruguay una reversión mayor que en la Argentina. En otros aspectos, sin embargo, las consecuencias sociales fueron diferentes y ello se presenta sobre todo en las formas de readecuación de la estructura ocupacional de la fuerza de trabajo como respuesta a las nuevas transformaciones.

La base del crecimiento de Uruguay en este período está dada por el dinamismo industrial generado por una política de exportaciones no tradicionales que sobre la base de subsidios intencionales del Estado genera condiciones favorables para la industria de exportación. A ello se agrega el excepcional crecimiento de la industria de la construcción, dependiente o reflejo de la afluencia de capitales de corto plazo, pauta de la "liquidez" financiera de la República Argentina. La reconversión, por lo tanto, no tiene las consecuencias catastróficas de Argentina; y si bien el deterioro de una serie de ramas industriales afecta negativamente el crecimiento del producto industrial destruyendo un largo proceso originado en "la industrialización sustitutiva" (creación de una infraestructura industrial y generación de empleo) por otro lado permite la emergencia de otras industrias amparadas en el incentivo oficial; se logran así espacios de exportación en el mercado internacional hasta

llegar a reducir en su importancia las tradicionales exportaciones de productos agropecuarios que habían constituido hasta el 70 entre el 80 y el 90% del total de la exportación del país. El crecimiento del producto bruto manufacturero, registra sobre todo a partir de 1976 un ascenso regular (medido por las tasas anuales medias) que crece desde 1.4 a 9.0. En las décadas anteriores y en particular en la década del 60 los crecimientos oscilaron entre 1.1 en el primer quinquenio del 60 y 2.2 en el segundo quinquenio.

Para expresarlo en términos sintéticos, la confluencia de estas transformaciones económicas: la caída del salario real, las condiciones de la demanda de trabajo y la transformación ocurrida en la estructura ocupacional puede resumirse en los siguientes puntos:

a) Un proceso de terciarización que acompaña las tendencias generales de períodos anteriores y se incrementa en estos pocos años. Resulta de todas maneras en el Uruguay, menor que el registrado en otros países bajo las mismas experiencias neo-liberales (Argentina y Chile) debido a la presencia del dinamismo del sector industrial.

b) La estructura de la ocupación según categoría, presenta igualmente un comportamiento peculiar en el cual crecen en forma significativa solamente los asalariados privados, en tanto caen en una proporción un tanto inferior los empleados públicos y en menor medida las categorías de patrón, cuenta propia, trabajador familiar.

c) El modelo ortodoxo experimentado en el Uruguay no tuvo al igual que en la Argentina y Chile consecuencias inmediatas sobre los niveles de desocupación. Considerado en términos globales y sin degradaciones que será necesario introducir posteriormente, las tasas de cesantía y de desocupación indican un crecimiento sustantivo entre 1974 y 1976 donde prácticamente se duplican.

d) Las tasas de actividad que en la década anterior se habían mantenido estables alrededor de un valor de 48.5 promedio, a partir del bienio 1974-75 crecen en forma importante hasta alcanzar el valor de 54.2 y estabilizarse alrededor de valores promedios de 52.7.

Este comportamiento del empleo expresado sumariamente a través de estos cuatro índices, sin embargo muestra múltiples cambios que se han producido en la acomodación de la fuerza de trabajo y que explican los cambios de composición de la misma.

Por lo pronto, se pone en evidencia que han existido tendencias divergentes en el comportamiento por sexo con respecto a las tasas de actividad. El enorme crecimiento de la participación femenina en la fuerza de trabajo que se registra sobre todo a partir de 1976, es por una parte, muy superior a la tendencia seguida por los hombres; y por otra parte rompe la continuidad del crecimiento regular que estaba experimentando la tasa de participación femenina en los períodos anteriores. Este crecimiento es por lo demás bastante atípico de acuerdo a las pautas registradas en la incorporación de la mujer a la fuerza de trabajo en América Latina. En lugar de estar localizados en ciertas características de las variables de estado civil, edad, número de hijos, etc. (mujeres jóvenes, solteras, sin hijos) como lo evidencian las tendencias generales de la región, se encuentran concentrados como lo muestra Prates (1981 a, 1981 b) en una amplia gama de situaciones

en las cuales incluso llegan a predominar las mujeres casadas, adolescentes y en edades altas. Igualmente se encuentra una relación positiva entre número de hijos y actividad económica.

La readecuación de la estructura ocupacional por lo tanto a partir de las políticas económicas iniciadas en la década del 70, parecen reflejar con bastante aproximación el desplazamiento de una fuerza de trabajo primaria (constituída por jefes de hogar y hombres en edad activa) por una fuerza de trabajo de reemplazo o secundaria, que está representada en gran medida por mujeres. Los mecanismos del trabajador desalentado correspondientes a la fuerza de trabajo primaria que bien pueden tener su manifestación, entre otras, en la emigración internacional, corren paralelamente a los mecanismos de la fuerza de trabajo adicional, familiar, que procura compensar el deterioro de los ingresos o la pérdida del empleo del jefe como estrategia de sobrevivencia de la familia.

La diferencia en términos del comportamiento según sexo, tiene también otro punto de interés, en el análisis del comportamiento de los asalariados y los no asalariados. En tanto que en la Argentina se evidencia un crecimiento regular de los "cuenta propia", de los trabajadores no remunerados en oposición a los asalariados, en el Uruguay como ya se vió, las tendencias al crecimiento de los asalariados predominan sobre las actividades por cuenta propia y no remunerados. No obstante estas evidencias, cuando se les agrega la información por sexo, se puede apreciar que en Montevideo la categoría por "cuenta propia" decrece algo para las mujeres (fruto en parte de la demanda industrial de los sectores manufactureros más dinámicos) y en los hombres la tendencia es contraria; reforzamiento de los "cuenta propia" y una caída abrupta de los empleados, obreros y asalariados.

Con respecto al comportamiento de los ingresos, todos los indicadores directos e indirectos, contribuyen a destacar el carácter concentrador del modelo "ortodoxo" aplicado en el Uruguay. La distribución funcional del ingreso, produjo una caída de la representación de los sueldos y salarios entre 1970 y 1976, última fecha de que se dispone información, desde 38.7 a 32.0. (Ministerio de Economía y Finanzas, 1981). La evolución del ingreso de los trabajadores medida por el salario real, cae significativamente cualquiera sea el año base que se adopta. Si este año es 1968, en los tres primeros meses del año 80, el salario real había caído sobre una base 100 a valores de 60. Tomándose como año base 1971, la caída en 1979 era de 70.7, y tomándose como base el año 1974, era de 91.7.

Por último, la medición directa de la distribución del ingreso a través de la estructura decílica de los niveles económicos de Montevideo registrada en el año 68 mostraba que el 90% de la población percibía un 72.65% del volumen total de ingresos derivados del trabajo y en 1979 se reduce a 59.20%. Igualmente significativa es la extraordinaria concentración que se produce en el 5% de perceptores de ingresos más altos que pasan de acumular el 16.9% de los ingresos totales a un 31.0%.

Las evidencias antes discutidas para la década del 50 y del 60, permitían ubicar al Uruguay en los umbrales de la década del 70, con una escasa proporción de hogares bajo las líneas de pobreza crítica y de indigencia (para el área urbana 10 y 4% respectivamente); con respecto a la pobreza relativa, el Uruguay figuraba en las estimaciones de Altimir (1978) como el país de más bajo nivel con un 25% de hogares por debajo de la línea de pobreza relativa. Siguiendo los mismos criterios aplicados para la estimación de esta cifra, para el año 1976, se encuentra que en los primeros seis años de la década del 70, la pobreza relativa alcanzó a cubrir un 5% más de hogares; mientras que la pobreza absoluta alcanzó a duplicarse cubriendo el 20% de la población de Montevideo, por debajo de las posibilidades de cubrir el presupuesto básico de subsistencia.

Para cerrar este punto por último, con respecto al comportamiento seguido por la educación, las escasas estadísticas educacionales conocidas, permiten registrar algunos cambios en la composición de la matrícula, que constituyen una reversión de algunas de las tendencias dominantes en los períodos anteriores. En particular llama la atención el estancamiento de la cobertura en la enseñanza secundaria, que se había venido expandiendo en la década del 50 y del 60 en forma acelerada hasta alcanzar uno de los más altos niveles de América Latina. No resulta inesperado el débil crecimiento de la enseñanza primaria aunque sí las oscilaciones que presenta en el correr de tres años, atribuible tal vez a la emigración. El otro hecho destacado, corresponde al sistemático crecimiento de la enseñanza técnica media (ITU), y al crecimiento de la matrícula universitaria que sigue adelante con gran vigor.

3. Brasil

Si las tendencias evidenciadas por los países del área platense en el correr de la década del 70 evidenciaron una discontinuidad marcada con las tendencias anteriores, la trayectoria seguida por Brasil en esta década, se distingue por su continuidad.

Esta continuidad, se expresó en esta década prácticamente en todos los indicadores globales que se han venido analizando. Las principales características de los cambios poblacionales en Brasil, mostraron que en la década del 70, la población siguió creciendo a ritmos acelerados con tasas similares a las de los períodos anteriores. Si bien durante la década del 60 el crecimiento poblacional de Brasil había sido un tanto mayor y la población total se había incrementado un 33%; cifra que baja en la década del 70 a un 24%.

El porcentaje de población urbana que venía creciendo regularmente desde 1950, hasta alcanzar en 1970 un valor de 54.4% crece en estos años hasta 67.5%, registrándose una tasa de incremento muy poco inferior a la década precedente. El carácter predominante rural que primaba en Brasil a lo largo de las últimas décadas y que culminara en 1970 con porcentajes aproximadamente equivalentes de población urbana y rural, se transforma así sobre fines de la década del 70 de manera de configurar una sociedad predominantemente urbanizada.

Los movimientos migratorios internos asociados a esta redistribución de la población, muestran a su vez un desaceleramiento de las pautas seguidas en la década del 60, aunque sin perder sus características esenciales. La migración intermunicipal registrada por el censo de 1980 en Brasil, muestra que poco más de un 20% de la población total se desplazó geográficamente en los últimos 10 años.

Los cambios económicos y la transformación de la estructura productiva pueden explicar el ajuste de la población migrante a las posibilidades diferenciales de empleo y condiciones de vida. Se corresponden en términos globales a las tasas altas de crecimiento económico medido por el producto bruto per capita registrado en la década del 70. Si bien el primer quinquenio se mostró mucho más dinámico, con un crecimiento promedio de 7.7 del PBI p.c. para bajar luego en los años subsiguientes hasta valores mínimos de 1.7 (1977), ello no parece haber sido un obstáculo para la expansión de las fuerzas productivas domésticas.

Los cambios en la estructura productiva se expresarán sobre el empleo sectorial provocando las siguientes transformaciones: Primero, la caída más importante hasta este momento registrada, en las ocupaciones del sector primario que bajan su participación de 45.3 a un 29.9% del total de la PEA. Ello corresponde probablemente a un cambio en los orígenes de los movimientos migratorios con la predominancia en esta última década de la movilidad de carácter rural-urbano. En ninguna de las décadas anteriores ni en la del 50 ni en la del 60, la reducción de la población económicamente activa en actividades rurales, había conocido una caída de esta magnitud. Segundo, el sector secundario que había experimentado un crecimiento importante en la década del 60 (de 13.4 a 18.4), lo hace ahora hasta tener una representación del 24.3%, crecimiento que en términos generales corresponde al mismo dinamismo de la década anterior. Asimismo, la participación de las ocupaciones en el sector secundario en 1980 en Brasil, se encuentra a niveles semejantes o apenas inferiores a los registrados por Uruguay y Argentina. Tercero, el empleo en el sector terciario experimenta un notable incremento y es el principal sector que contrarresta la caída de la ocupación en las actividades primarias. Con un valor de 45.8% de participación a partir de valores iniciales (1970) de 36.3, demuestra el peso creciente de las actividades en servicio, administrativas, comerciales, etc., y su presencia por primera vez domi

nante en la estructura global del país. Aunque la terciarización evidenciada por Brasil en 1980 sigue aún por debajo de los niveles de Argentina y Uruguay, la presencia de casi la mitad de la PEA en el sector terciario, están indicando una transformación sustantiva con consecuencias sin duda relevantes para la conformación de la estructura social y la estratificación social.

Para algunas categorías de la ocupación, las tendencias de la década del 70 son estrictamente una continuación de las que se venían expresando a lo largo de todo el proceso de las dos décadas anteriores. Ello ocurre principalmente con el sector de empleados o dependientes, que alcanza el valor de 65.3%, superando las tendencias iniciadas en la década del 50 con valores oscilantes entre 49.1 y 47.9. Ocurre algo semejante con la categoría de empleados familiares sin remuneración que venían decreciendo regularmente en la década del 50 y 60; y que caen a sus valores más bajos en 1980 (5.2%). De otra parte, otras categorías presentan comportamientos que se desvían de las pautas anteriores. Ello ocurre particularmente con la categoría de empleados autónomos o por "cuenta propia" que a partir de un crecimiento sistemático en las dos décadas anteriores de 29.4 a 33.8, experimentan un considerable descenso a 24.4 en 1980. Y con respecto a los empleadores o patrones, también la tendencia al descenso que se venía experimentando antes de la década del 70, se invierte para ascender hasta 2.6%.

Estas tendencias no se pueden entender, si no es en forma desagregada según actividades agrícolas y actividades no agrícolas. La dinámica en ambos sectores parece haber conducido a transformaciones diferenciales, a la vez que la misma transformación de la estructura sectorial, con la pérdida de una parte importante de la PEA agrícola explica en parte estas diferencias.

Las transformaciones ocurridas en la PEA total en materia de las posiciones ocupacionales pueden resumirse en: a) transformación sectorial de la economía que resta peso a las actividades donde predomina la producción de

carácter subsistencial o tradicional y consecuentemente las ocupaciones de carácter no asalariado (proceso de penetración de relaciones capitalistas en el sector agrícola para el mercado doméstico y para la exportación), desplazamiento gradual por parte de las empresas capitalistas de rubros productivos sostenidos antes por la agricultura tradicional; b) considerable incremento de la producción agrícola orientada a la exportación en contraposición al débil crecimiento de la demanda doméstica de productos característicos de la agricultura tradicional; y c) creciente grado de burocratización y complejidad de los sectores moderno industrial y público que demandan esencialmente trabajo asalariado.

En cuanto a la distribución del ingreso, los diversos cálculos efectuados para el período 1970-1980, ponen en evidencia la continuidad del fenómeno concentrador. La ya extrema desigualdad presentada por Brasil a partir de la década del 50, y que evidenciara una tendencia a la concentración en 1970, agregan en esta década tendencias aún mayores a la desigualdad. La participación en los ingresos del 10% de la población más rica había pasado entre 1960 y 1970 de 39.5% a 46.7%. En 1980 esta cifra alcanza prácticamente a la mitad de las rentas totales (50.9%).

Las estadísticas de ingreso, sin embargo, no permiten concluir que necesariamente a través del proceso regresivo de concentración, los niveles absolutos de ingreso de los estratos más bajos se hayan deteriorado. Puesto que la renta media tendió a crecer en este período, se registra al mismo tiempo que un proceso de concentración, un mejoramiento relativo que afecta diferencialmente a los estratos socio-económicos. La renta per capita mensual en cruzeiros de 1970 habría sido aproximadamente de 185.90 en tanto que en 1976 es de 287.40, representando un incremento relativo de 54.6%. De acuerdo a ello, se puede concluir con Singer (1981) que en el período de 6 años comprendidos entre el 70 y el 76, el crecimiento de la renta individual media fue mucho mayor que en la década anterior. Y si bien la participación del 50% de la población más pobre cayó de 14.9% en 1970 para 13.4% en 1976, a la vez que el 5% de los más ricos subió de 34.1% a 37.9%, ello no significó una caída absoluta de los ingresos de los estratos más bajos.

Por otra parte, los cambios ocurridos en la distribución del ingreso, guardan una relación estrecha con los cambios estructurales operados a nivel de la estructura ocupacional, poniendo en evidencia transformaciones propias de una sociedad con crecientes contingentes de estratos medios. En consonancia con ello, es interesante transcribir a Singer (1981) cuando afirma que: "La imagen que se forma es la de un país que todavía en 1970 se constituía por una minoría extremadamente pequeña de ricos enfrentada a una gran mayoría de pobres y que rápidamente se transforma en un país en que la minoría de ricos ya no es tan pequeña y tiene bajo sí un número considerable con rentas medias".

Respecto al proceso educacional seguido por Brasil en la década del 70, se reafirma también algunas de las pautas que se venían configurando en las dos décadas anteriores. El crecimiento de la matrícula primaria sobre el total de la población en las edades correspondientes siguió adelante, con gran rezago en relación a la educación superior, alcanzando apenas los mismos niveles que registraban Argentina y Uruguay promedialmente 30 años antes. En esta década, Brasil pasa a ocupar una posición de rango entre los países latinoamericanos, que lo ubican en la posición número 13 logrando sólo ascender desde la posición 15 en 1970. Comparada a su vez con 1950 en la que tenía la ubicación 16, puede considerarse muy escaso el dinamismo experimentado por Brasil en la cobertura de la enseñanza básica. A ello se agregan las altas tasas de extra edad, que indican que el proceso de democratización de la educación persite como uno de los rasgos más agudos de las desigualdades sociales.

Por el contrario, la cobertura de la matrícula secundaria, y sobre todo universitaria, presentan respectivamente un crecimiento alto en la primera y extraordinario en la segunda.

Las tasas brutas de escolarización media en el año 1970 (11.3) ascienden en 1975 a 16.9 cuando en la década anterior habían partido de un valor de 4.2.

De mantenerse la misma tendencia en el segundo quinquenio de 1970, Brasil estaría alcanzando niveles superiores al 20% de cobertura.

Ello se expresa con mucho mayor intensidad en las pautas seguidas por la educación universitaria o superior que en apenas una década le permite superar los niveles de Uruguay y aproximarse a los de Argentina. Brasil partía en 1950 de una posición de rango número 15, en 1960 la mantiene para luego alcanzar la ubicación número 13, y en 1980, pasa a la ubicación número 8. La difusión de la educación en las capas medias y medias altas, y en particular el rápido proceso de proliferación de centros de formación superior y universitaria -además de las tradicionales Universidades nacionales y estatales-, se complementó también en este período con un excepcional dinamismo mostrado por los estudios de cuarto nivel, postgraduación y doctorado, y por la promoción de estudios de alto nivel en el exterior a través de los programas de becas oficiales.

La expansión de este conjunto de niveles superiores, se cuenta sin duda entre los más importantes procesos de transformación de la pirámide educacional y del abrupto corte entre una gran masa de población que no accede o accede parcialmente a los niveles básicos de la enseñanza, y un reducido sector que logra superar las barreras del sistema para acceder a la enseñanza secundaria. Las pautas dinámicas seguidas por los tres sectores permiten verificar los cuellos de botella de la movilidad educacional, mostrando que el gran "filtro" educativo se encuentra en el primer ciclo. Superado éste, la movilidad hacia los niveles más altos parece cada vez más asegurada.

Contrasta esta pauta con los países del área platense donde los escalones de movilidad corresponden a una estratificación educacional menos rígida; en Argentina por ejemplo, las coberturas en los tres ciclos en 1980 son respectivamente de 97, 41 y 21. Los "filtros" educacionales se distribuyen en estos casos en forma más gradual y no dicotómica, correspondiendo a los perfiles globales de la estratificación social en cada una de las sociedades.

4. Movilidad social, niveles y estilos de consumo en la década del 70.

De las tendencias económicas y sociales descritas en los puntos precedentes queda en claro que tanto la continuidad de las transformaciones ocurridas bajo el "modelo" brasileño, así como la involución que tiene lugar en los países del Plata, tuvieron profundas consecuencias sobre las condiciones de vida y la articulación social.

En los últimos países, se trató básicamente de la pérdida de posiciones conquistadas a lo largo de muchas décadas por los sectores populares y las clases medias urbanas, que les habían permitido configurar niveles de vida y bienestar relativamente altos y estables dentro de una sociedad crecientemente igualitaria y participativa. El término técnicamente ascético de "costos sociales", surgido como subproducto de los laboratorios "ortodoxos", alude de hecho al deterioro relativo de aquellos sectores que han sido los que han debido transferir sus ingresos hacia los sectores sindicados como dinámicos dentro de la ortodoxia. En el caso de Brasil, por el contrario, la ruptura ocurrida bajo el milagro, exacerba los rasgos concentradores de una sociedad ya de por sí muy desigual, sin que por ello se exprese en la reversión de posiciones y niveles de vida históricamente consolidados, ni formas de articulación previamente constituidas.

En uno y otro caso, sin embargo, sea por la reversión relativa a un momento anterior o por la incapacidad de redistribuir el crecimiento, la expansión exitosa de los modelos implementados durante esta década, requirió -siempre bajo los estilos de desarrollo dominantes- de la postergación de mejores niveles de vida para los más amplios sectores de la población. Ello se expresa como se ha visto, no sólo en la caída de los ingresos reales, en las tasas de desocupación y subempleo, o en trabajo adicional familiar, sino también en los aspectos no materiales: en las limitaciones de las posibilidades de participación y expresión, en la creciente incapacidad de reivindicación de intereses y en la desmovilización popular .

Existen una serie de dificultades insalvables para conocer con precisión a qué ritmo y cómo han seguido comportándose los diferentes tipos de movilidad social y en particular la movilidad ocupacional. La información censal del año 80 recién está comenzando a conocerse para Argentina y Brasil, en Uruguay no se efectuó el censo del 80 y son aún escasos los estudios disponibles. Sólo indirectamente es posible, entonces, una aproximación al tema bajo el supuesto de que las expresiones de la movilidad estructural pueden ser estimadas a través de otros indicadores.

Con referencia a esta movilidad por lo pronto con respecto a Brasil, parece claro que la continuidad de su proceso de desruralización indicada por la constante caída durante la década del 70 de la participación de la fuerza de trabajo primaria, la seguido actuando como un mecanismo de movilidad con la misma eficiencia -o mayor aún- que en las décadas anteriores.

A su vez, el impacto de la terciarización y el incremento del sector secundario, apoyan el supuesto de que los sectores populares han continuado experimentando una alta movilidad vertical. Avalan estas consideraciones asimismo, el hecho de que la educación secundaria y universitaria haya seguido adelante con tasas excepcionales de crecimiento; y en la esfera ocupacional la presencia creciente de algunas categorías urbanas como asalariados y patrones o empleadores. En toda la historia reciente de Brasil, recién entre los años 70 y 80, la población ocupada en tareas rurales deja de crecer en términos absolutos; la ocupación industrial vuelve a duplicarse (de 5 a 10 millones); y lo mismo ocurre con las ocupaciones en el sector terciario que entre el 70 y el 80 pasan aproximadamente de 11 a 21 millones.

Con referencia a la movilidad demográfica, no cabe duda tampoco que conjuntamente con el proceso de urbanización y metropolización de las décadas anteriores (y acorde con las pautas seguidas por la reducción de la fecundidad que siempre opera por la reducción más acentuada primero en los estratos medios altos y urbanos) que los diferenciales demográficos están contribuyendo crecientemente a la movilidad social.

Prospectivamente, la configuración de la estratificación social en Brasil, indicaría además que las condiciones favorables para que continúen adelante los procesos de movilidad estructural y demográfica, siguen siendo aún altos y continuarán operando en el futuro más inmediato.

En cuanto a las pautas de movilidad social seguidas por los países del área Platense, todos los indicadores indirectos obtenidos del análisis de la estructura ocupacional, de la distribución de los ingresos y, parcialmente, del comportamiento seguido por la educación, parecen confirmar la hipótesis de una regresión y paralización en el ritmo de los diferentes tipos de movilidad. Se corresponden con ellos también otros indicios referidos a la desarticulación de ciertas formas del welfare state y gastos del Estado que habrían contribuido indirectamente a elevar los niveles de vida y bienestar de la población. En Uruguay por ejemplo, caen en forma significativa en este período los gastos del Estado orientados a la salud y educación. Su participación en el total de gastos del Estado, indica que la educación pasa de ser un 19.2% en 1973 a un 11.4 en 1980 y con respecto a los gastos en salud, de 7.2 a 6.3 (Ministerio de Economía y Finanzas, 1981).

En Argentina, con respecto a la movilidad estructural, existen indicios indirectos para sostener la hipótesis de una caída relativa de la movilidad estructural inducida, debido a la reducción de las actividades en el sector primario bajo. Esta se venía produciendo desde cuatro décadas antes con una caída absoluta de la población rural (en la década del 60, casi un millón 700 mil personas) y la expulsión regular hacia los contextos urbanos. En la década del 70 el crecimiento poblacional rural no es más, negativo; se vuelve como vimos cero. También parece plausible la hipótesis de que la impresionante caída de la ocupación industrial en un corto período, no implicó una movilidad hacia estratos más altos o hacia las clases medias. Es probable que algunos segmentos de estos sectores desplazados hayan podido encontrar espacio en ciertos subsectores dinámicos de las actividades terciarias (comercio, finanzas) aunque su magnitud no parece ser de mayor entidad como

para significar una movilidad ascendente dominante. El comportamiento de las categorías de asalariados versus "cuenta propia" y los crecimientos registrados en la fuerza de trabajo secundaria, avalan más bien la hipótesis de una movilidad descendente. Es claro, de todas formas, que este tipo de movilidad horizontal dentro de la estructura ocupacional, no puede confirmar ni disconfirmar si a la vez ella implicó una movilidad vertical. Sin embargo, existen también evidencias de que el comportamiento de los "cuenta propia", que no pierden niveles de ingreso como los asalariados, se debió en gran parte a una creciente concentración de los ingresos dentro de la categoría, en virtud del relativo incremento de los "cuenta propia" altos (profesionales) en contraste con la pérdida de posiciones de la mayoría de los "cuenta propia" bajos. Este último punto alude ^{por} lo tanto a las relaciones entre ocupación e ingresos que como se vió en los puntos precedentes indican el fuerte deterioro del salario real más notorio en los estratos bajos.

Por último, la participación creciente de la fuerza de trabajo secundaria y el mayor crecimiento registrado por las ocupaciones femeninas, también confirman el deterioro relativo de los niveles de ingreso de la PEA, en virtud de los diferenciales de salarios que ubican a las mujeres en la situación más desventajosa.

Como conclusión de estas breves consideraciones, parece por lo tanto plausible que la movilidad estructural en la Argentina, que ya venía siendo baja en las décadas anteriores, se / ^{haya} reducido aún más, e incluso puede haber cambiado de signo desde una movilidad ascendente a una descendente. En correspondencia, los mecanismos de movilidad migratoria desde el exterior debido a la interrupción de los flujos internacionales podrían también estar confirmando que otro de los procesos que venía influyendo en la fluidez de la movilidad social ha dejado de actuar.

Con respecto al Uruguay, salvo en los períodos de mayor dinamismo de la industria manufacturera y de la construcción, las tendencias generales de la movilidad estructural durante este período parecen haber seguido las

mismas pautas que en Argentina. En forma más demorada y recién sobre los últimos años de la década, comienzan a manifestarse las consecuencias de la desocupación, incremento del 'cuenta propia', desaliento de la actividad y crecimiento de la fuerza de trabajo secundaria. A ello se agrega la involución de otros indicadores sociales, como la caída de la matrícula secundaria no técnica, que podrían estar registrando otras manifestaciones del mismo fenómeno de regresión de la movilidad ascendente.

Paradojalmente, sin embargo, los años más recientes, registran a la vez uno de los más importantes cambios en las formas y estilos de consumo de las tres sociedades que se ven impactadas por la creciente penetración de patrones de consumo característicos de la modernidad.

Nuevamente en el caso de Brasil, la continuidad del proceso parece ser mucho mayor con los años anteriores, sin que se presente un corte abrupto como en los países del Plata. En Brasil la expansión del consumo moderno pareció obedecer a razones diferentes que tienen que ver con la evolución general de la sociedad y de la economía. Primero, contribuye a la expansión del consumo el mismo proceso de desruralización y metropolización que cambió cualitativamente las características más generales de la población. Segundo, porque las transformaciones estructurales y la movilidad social permitieron la emergencia de nuevos y más amplios sectores de clase media y trabajadores urbanos, y tercero, por el doble efecto de la concentración de la riqueza, que favoreció por una parte a los grupos más plenamente incorporados al consumo moderno.

A ello debe agregarse asimismo, las consecuencias directas provocadas por el desarrollo industrial de escala multinacional, permitiendo abatir los costos unitarios de los productos y bajando relativamente la relación de precios entre bienes industriales y productos alimenticios.

El consumo moderno en expansión fue por lo tanto en Brasil un componente más del proceso general de modernización económica y social.

En los países del Plata en cambio, las determinantes de la transformación de los estilos de consumo, derivaron de algunas medidas de política económica: el levantamiento de las restricciones a la importación que es adoptada dentro del paquete de medidas de liberalización del comercio internacional; el extraordinario impacto que representó la subvaluación de la moneda extranjera en términos de poder adquisitivo de bienes importados; y por las mismas razones de concentración del ingreso antes referidas para Brasil. Otros factores no menos importantes, aunque de difícil mensuración, se refieren también a los efectos ideológicos del pensamiento neoliberal centrado en la autonomía del consumidor, que adquiere el carácter de una norma de conducta plenamente legitimada (en contraste con la actitud prudente del consumismo en los modelos anteriores). También señalables son los efectos generalizados de la transmisión consumista en sociedades ya movilizadas hacia los estilos modernos de consumo, y la capacidad de endeudamiento que se genera a partir de las peculiaridades del sistema financiero de los modelos (Filgueira, 1981).

En poco menos de cinco años Argentina y Uruguay experimentan cambios sustanciales en los patrones de vida y estilos de consumo. Una corriente permanente de bienes durables importados altera la estructura de la demanda familiar y las pautas de gastos a todos los niveles de la sociedad. Las políticas de estabilización diseñadas para insuflar mayor dinamismo a la economía, a través de la apertura comercial antes amarrada por las políticas proteccionistas, altera así la matriz ahorro-consumo-inversión, reforzándose de esta forma uno de ^{los} rasgos más salientes de las sociedades periféricas; el adelanto del consumo a la producción. Con ello, algunos de los éxitos logrados por los modelos en materia de exportaciones no tradicionales, son rápidamente contrarrestados por la creciente demanda orientada por la prioridad consumista. En sólo tres años, entre 1976 y 1979, el crecimiento de las importaciones de bienes durables crece en Argentina un 189.7% y en Uruguay 130.3% (respecto a 1974 un 76%).

Con posterioridad a 1979, el crecimiento de los bienes de consumo importados sigue adelante (no es posible distinguir aquí la participación de los bienes de consumo durables) indicándose un incremento notable en la Argentina. Su participación pasa de 4.9 en el 70 a 13.7 en 1980. Uruguay, afectado por el crecimiento de las importaciones de petróleo (que se duplican en el período) ve de todas maneras mantener su participación casi en la misma proporción que en 1970. No obstante ello, los bienes de consumo en Uruguay crecen mucho más que cualquier otro rubro de importación, en tanto que los bienes de capital lo hacen en forma menos dinámica. Asimismo, en 1970 los gastos en bienes de consumo durables importados eran en Uruguay la tercera parte, aproximadamente, de los bienes de capital importados para el sector agropecuario; en 1979 pasan a ser más del doble. Con respecto al sector industrial, que recibió los mayores alicientes y subsidios de la política "ortodoxa" en su carácter de sector de punta para la reconversión económica, las cifras indican también que pese al dinamismo evidenciado por el crecimiento de las importaciones de bienes de capital, estuvo por debajo del crecimiento de los bienes de consumo durables.

La importación de bienes de capital para la industria era en 1970 diez veces superior a los bienes durables, en 1979 no alcanza a ser el doble.

En Argentina, las tendencias comparativas entre los diferentes tipos de bienes importados arrojan con algunas variantes los mismos resultados. En 1970 por cada 4.4 unidades gastadas en la importación de bienes de capital se gastaba una en bienes de consumo durables; en 1980 la relación cambia, por cada 1.5 unidades de bienes de capital, una de bienes de consumo durables.

Esta espectacular penetración de los estilos de vida modernos, tiene además peculiaridades con respecto a los tipos de bienes que son más demandados.

Las tasas brutas de expansión de ciertos bienes durables registradas por el Anuario Estadístico (ONU, 1979) mostraban además que el ritmo de cre-

cimiento en Uruguay aunque muy alto era, entre 1970 y 1974, menor que en Argentina. Con respecto a automóviles, a partir de una estabilidad casi total en la década del 60 (42.5 automóviles cada cinco mil personas) sube en casi sólo cuatro años a 53.5. En Argentina pasa entre 1970 y 1974 de 60.6 a 80.9. En otro tipo de bienes de valor unitario más bajo que se habían difundido antes hacia sectores de niveles de ingreso medio y bajo, y no tan concentrados como en los automóviles, el crecimiento es un tanto menor: para aparatos de televisión, en Uruguay la tasa crece de 63 a 104 por mil habitantes entre el '70 y '75; y en Argentina entre 144 y 180.

Brasil, en contraste, basará su expansión durante todo este período en el desarrollo de su capacidad industrial endógena.

La difusión de los bienes durables en Brasil, fue sin embargo impresionante y continuó adelante con las pautas ya manifestadas en la década del 60. De una tasa de 22.4 automóviles cada mil personas, en 1970, pasa en 1980 a más del doble (49.9). En términos absolutos, de un millón y medio a seis millones (Censo Nacional, IBGE, 1981). Con respecto a aparatos de televisión, de 66 por cada mil habitantes a 121.9 (Aproximadamente de 4 millones a 14 millones). Más señalable aún es el proceso de difusión "hacia abajo" que acompaña a la expansión. En sólo seis años (1967-68 a 1974) el dinamismo mayor de la demanda por ciertos bienes de carácter durable estuvo radicado en los grupos sociales que percibían entre uno y dos salarios mínimos. En estos hogares crece el porcentaje de propietarios de refrigeradores entre un 34.5% y un 56.6 y el de los aparatos de televisión entre un 20.9 y 57.7. (Wells, 1977).

Es en particular en las áreas metropolitanas donde se registra la mayor difusión de los estilos de consumo modernos, aunque el resto de las áreas urbanas presentan una estructura de la difusión muy semejante. En contraste, sólo en las áreas rurales existe un corte dicotómico con niveles de difusión mucho menores (Estudio Nacional de Despesa Familiar, ENDEF, IBGE, 1974).

En las áreas metropolitanas una cuarta parte de los hogares poseían automóvil; un promedio próximo a 80%, artículos básicos para el hogar (cocina a gas, plancha eléctrica, máquina de coser, radio, etc.); y un promedio de 65% televisores, refrigeradores y licuadora. En las áreas urbanas las cifras bajaban a 16.6%, 68 y 40 respectivamente, en tanto que en las áreas rurales 5.4, 30 y 5.2.

Los dos procesos paralelos de difusión de bienes de consumo moderno y las pautas de metropolización y urbanización, vienen configurando por lo tanto en la década de los 70, una estructura del consumo cada vez más continua y menos dicotómica en donde la periferia, salvo algunos sectores rurales cada vez más reducidos, pareciera estar participando crecientemente de los beneficios de los estilos de consumo y confort propios de las sociedades más avanzadas. Las dudas sobre estas afirmaciones surgen no obstante cuando se analiza con más detalle el verdadero impacto que vienen teniendo estas pautas sobre la estructura del gasto familiar en los estratos de ingresos más bajos. Las relaciones emergentes entre la difusión de bienes de carácter durable y los déficits en los niveles alimenticios y calóricos, muestra concluyentemente la presencia de una pobreza inducida por la "modernidad".

Ello se evidencia cuando se desagrega la información de la misma encuesta del IBGE para las familias de más bajos ingresos con déficits nutricionales, según gastos en alimentación y posesión de bienes de carácter durable. El estudio de Felix (1981) concluía que: a) en cada categoría de ingresos, los niveles de déficits nutricionales crecen regularmente según se trate de familias rurales, urbanas o metropolitanas, b) paralelamente decrecen relativamente los porcentajes dedicados a gastos en alimentación y crece la tasa de posesión de ciertos bienes durables, c) los gastos de una familia rural de bajos ingresos dedicados a la alimentación son siempre mucho más altos que en las familias metropolitanas o urbanas de ingresos más elevados. Pero en contraste, los déficits nutricionales en las familias más po-

Los, menos urbanizadas son siempre más bajas que los déficits de familias más urbanizadas que tienen niveles de ingresos más elevados. Por ejemplo, los déficits nutricionales de las familias metropolitanas del grupo de ingresos número tres son superiores a las del primer tramo rural, así como también las familias urbanas del segundo tramo están en una situación peor que las rurales del primero, d) a su vez, una familia metropolitana promedio del primer tramo de ingresos gasta menos en alimentación que una urbana del siguiente tramo, y ésta menos que una rural del tercer tramo. El comportamiento seguido por las elasticidades diferenciales entre los bienes de consumo alimenticio, medido como los costos relativos del déficit calórico alternativo cero, permiten concluir que el comportamiento de las familias urbanas en Brasil con déficits nutricionales parecen tratar a los bienes alimenticios por su alta elasticidad, como bienes de lujo. (Félix, 1981; Filgueira, 1981).

Más importante que cualquier consideración acerca de la profunda incongruencia de estas pautas de consumo de los estratos con déficits nutricionales, parece necesario resaltar la incidencia que tienen sobre la calidad de vida de estos sectores, las pautas de crecimiento y los estilos dominantes de desarrollo que conducen a estas contradicciones. Sin duda, el comportamiento inducido por la "modernidad" y que se expresa en la fuerte vocación consumista en todos los niveles sociales, tiene como contracara la paradoja del deterioro del nivel de vida de los sectores más bajos. Es notorio el sacrificio de los componentes más básicos del consumo familiar postergados por la indudable atracción que ejercen los bienes de consumo moderno. En este sentido, ni la extraordinaria movilidad estructural y geográfica que experimenta Brasil en las décadas del 60 y 70, ni los avances de la modernización social a través de la difusión de pautas de estilo de vida más avanzadas, pueden ocultar las contradicciones del estilo de desarrollo concentrador y consumista.

V. ALGUNAS CONSIDERACIONES FINALES

De lo expuesto hasta aquí aparece con claridad el proceso de desarticulación a que han estado sometidas en el transcurso de los últimos años, las tres sociedades analizadas. Se trató ciertamente, de una desarticulación tanto en la esfera política como social y económica, de mayor significación sin duda, en los países del área platense que en Brasil.

No es fácil sin embargo entrever a partir de la mera consideración de estas transformaciones recientes, las posibles formas de rearticulación de cualquiera de estos sistemas en el largo plazo.

En primer lugar, dificultan cualquier incursión prospectiva el mismo hecho de que se trata de sociedades en diferentes etapas de apertura política dentro de un más o menos prolongado proceso de autoritarismo. El carácter transicional, de los diferentes aperturismos, determina un exceso de grados de libertad que dificultan cualquier predicción. Es probable, tal vez, como los científicos políticos lo han señalado, que el camino que aún tengan que recorrer estos sistemas deba necesariamente pasar antes de llegar a la plena democracia por las más variadas formas de "dictablanda" o "democradura", y todo lo que ello implica de incertidumbre.

En segundo lugar, vistos desde la perspectiva económica, los cambios que se expresan en las formas de desarticulación, ocurren en un momento muy peculiar de la economía mundial; esto es, de la recesión más importante de los últimos cincuenta años.

En tercer lugar, porque aún no está claro en qué medida el sistema internacional se encuentra en una peculiar inflexión coyuntural o se trata más bien de una nueva forma de articulación del capitalismo a escala mundial. La nueva revolución científico-tecnológica a la que se está asistiendo actualmente abre sin duda interrogantes adicionales acerca de las

tendencias definitivas de la organización del trabajo y de la sociedad.

Por último, y seguramente como la razón más sustantiva, porque de la sólo consideración de los cambios estructurales como los que hemos discutido, no se puede inferir más que parcialmente cualquier consecuencia sobre las nuevas o emergentes formas de articulación social. La vía en la cual éstas pueden ocurrir tienen que ver con otras esferas que no se confunden con las de la "estructura social" y que se refieren a principios de la organización social relativamente autónomos: el Estado, la ideología, la memoria colectiva; o si se quiere la dimensión política y la "inercia" de las instituciones preexistentes.

Una forma posible de superar las señales poco claras y contradictorias que esta forma de colocar el problema plantea, es recurriendo a marcos más generales o abstractos que puedan orientar el diagnóstico. Aquí, no parece posible omitir a Germani (1979) y su último trabajo acerca de la viabilidad de la democracia. En su recurrente tema del proceso de secularización e individuación de la sociedad contemporánea, Germani alude sin duda a la cuestión central de la articulación social. El proceso de diferenciación e integración, es en su opinión cada vez más conflictivo y en última instancia el primero /^{primará} sobre el segundo. En el camino que la humanidad viene recorriendo son cada vez mayores las dificultades de compatibilizar un alto grado de segmentación, diferenciación y especialización, -expresada en términos psico-sociales y antropológicos por la individuación- con los mecanismos de articulación e integración. Ello resulta en anomia. Podemos preguntarnos por ejemplo, si las tendencias que se han registrado en los últimos años en las sociedades analizadas, pueden ser parte del proceso que caracteriza Germani y si el alto grado de desarticulación y heterogeneidad de las condiciones individuales que generan estos cambios, caben dentro de ese esquema. Lagos y Tokman, (1982), señalaron

hace poco que tal vez un rasgo tendencial de la evolución de las sociedades bajo modelos monetaristas, podría indicar un movimiento exacerbado hacia una alta diferenciación y heterogeneidad estructural.

Por otra parte, las evidencias que se derivan de los capítulos precedentes de este trabajo, también mostraron el movimiento hacia la atomización de las situaciones individuales y la ruptura y fraccionamiento de grandes sectores de población con situaciones antes compartidas.

Cardoso (1981) por último ha enfatizado a través de diferentes trabajos, el contraste entre las viejas fórmulas de articulación social y las emergentes en el modelo autoritario brasileño. Al catastrofismo de una concepción germaniana agrega el no menos inquietante modelo de una sociedad que se organiza alrededor de la empresa multinacional, el Estado y los medios de comunicación de masas. En ella, las instituciones tradicionales de la democracia liberal, como los partidos, los gremios y la escuela no tienen nada que hacer.

Es por cierto también la misma idea de una condición anómica estructural, donde se empobrecen las instituciones intermedias entre el hombre y la sociedad y donde las formas de identidad individual no se organizan alrededor del trabajo, o de los mecanismos asociativos e incluso cada vez menos alrededor del ejercicio de las formas de solidaridad. Si es así, es posible pensar que marcos abstractos de orientación individual y formas despersonalizadas de "interacción social" como los medios de comunicación de masas, o el fuerte énfasis en una ideología consumista puedan redefinir las formas de articulación social en desmedro de las que tuvieron vigencia en otro momento (Filgueira, 1981).

Según se oye por la concepción de que los modelos autoritarios reflejan de alguna forma una tendencia más general -no importa mucho si es por tendencias de secularización o individuación o por la transnacionalización de

la economía o bien por una concepción de un fenómeno apenas coyuntural y transitorio, las respuestas acerca de la articulación serán diferentes.

Con todo, si se adopta una perspectiva más acotada y se indaga por las tendencias en el corto plazo, otro tipo de alternativas son posibles. Si se observan las trayectorias de los diferentes modelos autoritarios discutidos y las formas de rearticulación incipientes que se expresan en los diversos tipos de apertura, existen algunos indicios que sugieren otras preguntas.

Parece claro al respecto, que ^{en} los países del área platense, Uruguay y Argentina, el efecto de la profunda desarticulación derivada de la aplicación de los modelos monetaristas, no fue capaz de anular la vigencia de formas más globales de articulación e identificación a través de instituciones preexistentes, partidarias o sindicales, que renacen con igual o mayor vigor que antes. Es cierto que su supervivencia depende y dependerá de su capacidad de asimilar los nuevos clivajes sociales y en este sentido no se trata meramente de una sobrevivencia sin cambios.

Lo que se quiere señalar con esto sin embargo, /que si se adopta una perspectiva estrecha de la articulación social -o sus cambios- como consecuencia sólo de las transformaciones operadas en las condiciones estructurales que se han venido generando en las últimas décadas, no se tiene condiciones de entender la forma en la cual éstas se integran a las formas preexistentes, a las instituciones que le anteceden y a las ideologías que en mayor o menor medida fueron parte de la sociedad en un momento anterior.

En este sentido aparece una clara distinción entre aquellas sociedades que tuvieron condiciones de articular un sistema de participación social ampliada y relativamente cristalizada, como es el caso de Uruguay, en contraste con sociedades como Brasil donde la exclusión política y la sucesión populista fue dominante.

La vigencia de formas preexistentes de articulación social que Cardoso identifica como fruto de una etapa particular del capitalismo -competitivo- y que quizás están solo presentes en pocas sociedades de la región, aparece como un elemento clave para entender la dinámica posible del proceso de desarticulación-articulación. Los nuevos sectores incorporados bajo el proceso de transnacionalización de la economía y su condición "anómica", ca rentes de mediaciones institucionales parecen colocar desafíos diferentes en las sociedades que tuvieron una tradición previa de articulación social y aquellas que no la tuvieron.

En este sentido, las posibilidades de que los viejos moldes institucionales e ideológicos puedan absorber las nuevas condiciones estructurales de amplios sectores de población, parece requerir en los países donde ella existió, una capacidad de adaptación y respuesta absolutamente cruciales para una nueva forma de articulación social.

BIBLIOGRAFIA

- ALTIMIR, O.: "La dimensión de la Pobreza en América Latina" E/CTPAL/L.180, 1978.
- CARDOSO, F.H.: "Political Transition in Latin America" (mimeo), 1981.
- FILGUEIRA, C.: "Participación y voto: un estudio del electorado". Cuaderno de Ciencias Sociales N°1. Instituto de Ciencias Sociales (ICS) Universidad de la República, Uruguay, 1972.
- FILGUEIRA, C.: "Imbalances y Movilidad parcial en la estructura social" En FLACSO-UNESCO, Teoría, Metodología y Política del Desarrollo en América Latina, Chile, 1973.
- FILGUEIRA, C.: "Consumption in the new Latin American Models"; CEPAL Review. Diciembre 1981.
- GERRANI, G.: Democracia y Autoritarismo en la sociedad moderna, Crítica y Utopía. El Cid Ed. B.Aires, 1979.
- KUZNETS, S.: "Undeveloped Countries and the Pre-Industrial Phase in The Advanced Countries", A.N. Agarwala and S.P. Singh, The Economics of Underdevelopment, Galaxy Books, New York, 1963.
- LAGOS, R. y TOKMAN, V.: Monetarismo Global, Empleo y Estratificación Social. PREALC, Santiago, Chile, 1982.
- LOMEARDI, M.; VEIGA, D.: "Desigualdades intranacionales en el Uruguay", Comisión Desarrollo Urbano Regional CLACSC, Buenos Aires, 1979.
- MORSE, R.M.: "A economia de Manchester e a Sociologia Paulista", DADOS N°18, Rio de Janeiro, 1978.
- PRATES, S.: "Women's Labour and family survival strategies under the stabilization models in Latin America". Paper prepared for the Expert Group Meeting on Policies for Social Integration, Centre for Social Development and Humanitarian Affairs, Vienna, United Nations. Sussex, IDS, University; 1981 a.
- PRATES, S.: "Cambio económico y costo social: el trabajo de la mujer en el Uruguay (1963-1979)" Population Council, Institute Development Studie. University Sussex (mimeo), 1981 b.

- RODRIGUES, L.M.: "Trabalhadores, Sindicatos e Industrialização", São Paulo: Brasiliense, 1974.
- SINGER, O.: "Dominação e desigualdade", Paz e Terra, Brasil, 1981.
- VINER, J.: "Gains from International Trade", B.Olun and R.W. Richardson, Studies in Economic Development, Holt, Rinehart, Winston, New York, 1961.